

POETAS TOLEDANOS DEL BARROCO. BALTASAR ELISIO DE MEDINILLA.

La ordenación y sistematización de la poesía barroca es tarea que ocupa desde hace tiempo a nuestra historia literaria. En ese empeño, parece lo más razonable por ahora apelar a un criterio sincrético y plural que tenga en cuenta no sólo las modalidades estilísticas, sino también los encuadramientos geográficos y generacionales¹. La pura ordenación por escuelas geográficas es ciertamente una vieja simplificación ya descartada por la moderna historia literaria. El concepto de escuela, como advertía Henri Bonneville al remover el estudio de la llamada «escuela sevillana», tiende más a oponer que a unir, y resulta claramente insuficiente para dar cuenta de las interferencias entre las distintas corrientes que conviven en un mismo lugar así como del complejo juego de las afinidades y divergencias humanas, sociales o culturales de sus miembros². Es por eso que resulta más apropiado hablar entonces de «grupos» o de «familias» poéticas, y es claro que, sin pretender inferir de ahí rasgos generales ni excluyentes, ciertos agrupamientos por regiones o ciudades, en torno a los cuales se muestran cohesionados distintos poetas —al menos por simples relaciones externas: amistad, círculos literarios, mecenazgo, etc.—, pueden resultar aún operativos.

En lo que sigue, es mi propósito perseguir el rastro documental y llegar, si fuera posible, a la determinación y valoración de uno de esos grupos poéticos que configurarían el mapa de la poesía barroca y que no suele aparecer inventariado como tal grupo en los manuales ni estudios de conjunto. Se trata del que podríamos identificar como «grupo de poetas toledanos», sobre el que ciertamente no existe monografía específica ni cuenta con la tradición crítica de otros —sevillano, antequerano, aragonés, etc.— mucho mejor consolidados y también de superior categoría poética.

Como en el caso de algunas formaciones semejantes (poetas vallisoletanos, valencianos, etc.), que a partir de ahí se han estudiado, el *Laurel de Apolo* de Lope de Vega (1630) puede servirnos de primer testimonio y guía en nuestro propósito. Allí, en efecto, Lope nos presenta ya arracimados en grupo a los «ingenios toledanos»,

1 Véase Juan Manuel Rozas y Miguel A. Pérez Priego, «Trayectoria de la poesía barroca», en *Historia y crítica de la literatura española*, al cuidado de F. Rico, III, Barcelona, 1983, pp. 631-668. Las presentes líneas quieren ser una pequeña continuación de alguna de las directrices de aquel trabajo, realizado en horas de inolvidable magisterio y colaboración.

2 H. Bonneville, «Sur la poésie à Seville au Siècle d'Or», *BHi*, LXXVI (1964), pp. 311-384.

con los que además abre, en la silva primera, la larga relación de familias poéticas. De entre ellos, y tras Garcilaso, nombra a Valdivielso, Medinilla, Gaspar de la Fuente, Clara y Gaspar de Barrionuevo, Gregorio de Angulo y varios otros de más oscura identidad³.

Detectado, pues, con el testimonio de Lope el grupo de ingenio toledanos, cabe indagar ahora la nómina de poetas y su producción literaria a partir de las diversas fuentes de documentación (impresos, manuscritos, relaciones, academias, etc.). La transmisión impresa, en realidad, poco nos ayuda, pues son muy escasas las ediciones particulares que de estos poetas circularon en la época: fuera de Valdivielso, que sí vio editada casi toda su obra, apenas lograron el favor de las prensas un largo poema de Medinilla, *La limpia Concepción de la Virgen* (1617), o los versos de algún poeta menos conocido, como Mateo Fernández Navarro, que se editaron con el título de *Floresta espiritual* (1613). Tampoco, a excepción de los de Valdivielso, recogieron sus versos los cancioneros y romanceros de la época.

En cuanto a la tradición manuscrita, no nos ofrece por ahora mucha mayor documentación, aunque, como para toda la poesía del siglo, es camino en el que queda mucho por recorrer. Entre los cancioneros facticios y tomos de poesías varias, sólo he localizado uno que puede ser mínimamente representativo de la poesía toledana. Es el ms. 4100 de la Biblioteca Nacional de Madrid, conjuntado hacia mediados de siglo y en el que, al lado de textos de Góngora, Villamediana y otros anónimos, se recogen versos de tres poetas toledanos: una composición en tercetos «A Toledo» de Luis Cernúsculo de Guzmán, un «Vejamen» de Juan Ruiz de Santa María y una «Égloga» pastoril de Luis Hurtado⁴. Por lo demás, manuscritos en dos valiosos tomos de la misma Biblioteca Nacional se conserva prácticamente toda la obra de uno de los poetas más representativos del grupo, Baltasar Elisio de Medinilla⁵.

Pero hay aún otras fuentes que nos proporcionan una más amplia información. En primer lugar, hemos de contar con las justas y certámenes poéticos, en general, de extraordinaria importancia en la transmisión de toda la poesía barroca. En nuestro caso, resultan de capital interés por cuanto poseemos no menos de cinco relaciones escritas de otros tantos certámenes, lo que viene a constituir la más copiosa

3 «(...) pues Gaspar de la Fuente les dio fuente, / y es Jusepe de Herrera / florida de su monte primavera. / A las cerdas del arco / repara, oh Clio, el ámbar, porque cantes / los versos elegantes / de Isidro Xuárez y Gaspar del Barco, / y laureados premia / por su docta academia / a Mata, Ovando, Paz, Bustillo y Haró; / Serrano, ingenio claro, / Marcos Ruiz, Martínez y Zurita, / y el pretendido lauro solicita / para Antonio de Herrera. / Tú, Minerva, también con manos largas / de Diego Bosque y de Gaspar de Vargas / ciñe las frentes de la verde esfera / debida a los ingenios toledanos, / de espada y pluma césares romanos (...)» (Lope de Vega, *Laurel de Apolo*, ed. C. Rosell, *Colección escogida de obras no dramáticas*, Madrid, Rivadeneyra, BAE, XXXVIII, 1856, pp. 185-229).

4 Falto de algunas hojas al principio, consta de 134 fols., letra del s. XVII: Luis Cernúsculo, «A Toledo. Tercetos» («Si de Helicon la sagrada fuente»), 12r-15v; Juan Ruiz de Santa María, «Vejamen» («Otra vez vuelvo a templaros», es el mismo que se incluye en la justa de 1614, más abajo citada), 19r-22r; Luis Hurtado de Écija, «Égloga. Albano y Lauso», 52r-57v.

5 Vid. más abajo, n. 29.

documentación de la actividad poética toledana con que contamos. A lo largo del siglo, fueron, en efecto, varias las ocasiones en que concurrieron los poetas locales, y otros venidos de fuera, para celebrar con sus versos distintos acontecimientos de la vida social, política o religiosa.

La primera tuvo lugar en 1605, con motivo del nacimiento de Felipe IV, que la ciudad celebró con fiestas y un certamen literario. De todo ello quedó una completa relación impresa, publicada en Madrid en 1605. Lope de Vega, «como a poeta toledano —según se dice en esa relación— y de la espiriencia que todos conocen, pues residía entonces en esta ciudad y la reconocía por madre», fue el alma de la justa y el encargado de su convocatoria y presentación. En el largo poema que compuso para la ocasión, hacía Lope una encendida alabanza de la poesía, del valor de las armas y las letras en relación con la monarquía y el nuevo príncipe, así como una loa a Toledo y una relación de sus poetas (relación que, como dijimos, luego reiteraría, aunque con variaciones, en el *Laurel*). A la justa acudieron más de una treintena de poetas y fue publicado un medio centenar de las composiciones presentadas. Éstas, distribuidas en los diferentes temas y géneros propuestos: canciones de alabanza a la Reina, octavas de parabién al Rey, madrigales y lirás celebrando el regocijo de Toledo por el acontecimiento, sonetos «en figura de España» que agradece a la Reina su alumbramiento, glosas, y romances de burlas y disparates ofrecidos al Príncipe⁶.

En 1608 se volvió a celebrar una nueva justa poética, en esta ocasión dedicada al Santísimo Sacramento en su fiesta. Se celebró en la parroquia de San Nicolás y la recogió por escrito el librero Alonso García, que la publicó en Toledo en 1609, dirigida al Conde de Fuensalida. Esta vez los mantenedores —que hicieron las entradas y el vejamen— fueron dos amigos de Lope, toledanos y muy estimables poetas: Martín Chacón y Baltasar Elisio de Medinilla. El propio Lope tuvo también una participación muy activa, presentando hasta cuatro poemas —una canción, un soneto, un romance con el seudónimo de Hernando Gandío, y unas décimas— que, naturalmente, fueron premiados. El certamen fue algo más concurrido que el anterior, con la participación de treinta y ocho poetas y cincuenta y siete composiciones, todas ya de asunto religioso: canciones y glosas al Sacramento, sonetos a la decensión de la Virgen, romances de burlas a San Juan Bautista y décimas a San Nicolás⁷.

6 *Relacion de las / fiestas que la imper- / rial ciudad de Toledo hizo al nacimiento / del Principe N. S. Felipe IIII. / deste nombre*. Madrid, por Luis Sánchez, 1605 (ejs. Biblioteca Nacional: 4-16841, 4-3078). Han sido estudiadas, en especial la intervención de Lope pero también con abundantes noticias sobre los demás poetas participantes, por Joaquín de Entrambasaguas, *Lope de Vega en las justas poéticas toledanas de 1605 y 1608*, Madrid, 1969.

7 *Al Santis- / simo Sacra- / mento, en su fiesta. / Iusta Poetica, que Lope de Vega Car- / pio, y otros insignes Poetas de la Ciudad / de Toledo, y fuera dél tuvieron en la / Parrochial de San Nicolas de la / dicha Ciudad, a veynte y cinco / de Junio de 1608. años. / Recopilada por Alonso Garcia / mercader de libros. / Dirigida a don Pedro Lopez de Aya- / la Conde de Fuensalida*. Toledo, por Pedro Rodríguez, 1609 (ej. B.N.: R-4266). Hay reimpresión moderna por Antonio Pérez Gómez, Valencia, 1951. Con atención a Lope, ha sido estudiada por Américo Castro, «Datos para la vida de Lope Vega, I. Una justa poética en Toledo», *RFE*, V (1918), pp. 398-403, y por J. de Entrambasaguas, ob. cit., pp. 105-149.

De 1612 hay también un «Certamen que los ingeniosos poetas de Toledo tuvieron en la beatificación del gran patriarca Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús». Fue recopilado y publicado por Mateo Fernández Navarro en su citada *Floresta espiritual* de 1613. Hicieron la introducción, la entrada y la sentencia de la justa, respectivamente, Gaspar de la Fuente, Luis Cernúsculo y Baltasar de Medinilla. La participación fue únicamente de poetas toledanos, en número de treinta y cinco, con algo más del medio centenar de composiciones distribuidas en: canciones y glosas en alabanza del patriarca Ignacio, sonetos a la fundación de la Compañía, octavas a la Anunciación, décimas loando el espíritu y la obra de la Compañía, y romances «convocando a las criaturas al santo nombre de Jesús en su alabanza»⁸.

Un nuevo certamen poético tuvo lugar en 1614, esta vez en «Alabanza de la Santa Madre Virgen Teresa de Jesús para el día de la fiesta de su beatificación». Aunque no hay edición impresa, sí ha quedado un relación manuscrita hecha por el escribano y poeta Juan Ruiz de Santa María. Antonio Rodríguez-Moñino, poseedor del manuscrito, dio detallada noticia de él y publicó algunas de sus poesías más interesantes. Junto a Ruiz de Santa María, Medinilla volvió a ser el principal animador de la justa, corriendo a su cuenta la introducción y el vejamen, así como una canción, dos sonetos y un romance que no concursaban al premio. Treinta y tres poetas presentaron setenta y seis composiciones: canciones —a imitación del «Vergine bella, che di sol vestita» con que Petrarca cerraba su cancionero invocando a la Virgen— sobre el tránsito de Teresa, sonetos celebrando la sabiduría de la santa, glosas, octavas sobre las mercedes divinas y raptos de Teresa, décimas al Espíritu Santo, romances en alabanza de Toledo cuna de los abuelos de Teresa, epigramas y jeroglíficos⁹.

Por último, a fines de 1616 se celebró otro certamen poético con motivo de la traslación de la imagen de la Virgen del Sagrario a la capilla que le había erigido el cardenal arzobispo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas. Por mandato suyo, hizo la descripción de la capilla, así como la relación de las fiestas y de la justa, Pedro de Herrera en un libro que se publicó en Madrid en 1617. Convocadas por tan eminente personaje como era el cardenal, fueron fiestas de gran boato y espectacularidad, que contaron incluso con la presencia de los Reyes. En el certamen, cuyo cartel hizo fray Hortensio Félix Paravicino, participaron más de un centenar de poe-

8 *Floresta / espiritual. Con un / Auto sacramental nuevo. / Compuesta por el Bachiller Matheo Fernan- / dez Navarro, vezino de Toledo.* Toledo, por Tomás de Guzmán, 1613 (ej. B.N.: 2/63308). Los fols. 1-101 contienen diversas poesías religiosas del autor; fols. 102-139: «Auto sacramental, intitulado combite de la Fe»; fols. 140-217: «Certamen poético que los ingeniosos poetas de Toledo tuvieron en la beatificación del gran patriarca Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús».

9 *Copia De las Canciones, Sonetos, / y poesia que se hizo en la Fiesta de / la Beatificación de la Beata / Virgen y Madre, Teresa de Jesus / en el Monesterio de los Carmelitas / descalços estramuros de Toledo. / En siete dias del mes de Octubre / De MDCXIII años. / - / Joan Ruiz de Sancta Maria.* Véase A. Rodríguez-Moñino, «Las justas toledanas a Santa Teresa en 1614 (Poesías inéditas de Baltasar Elisio de Medinilla)», en *La transmisión de la poesía española de los Siglos de Oro*, Barcelona, Ariel, 1976, pp. 245-268.

tas, la mayoría de fuera de Toledo y venidos de la propia corte (Bonilla, Collado del Hierro, Espinel, Góngora, Hurtado de Mendoza, Jáuregui, etc.), en tanto que estuvo en minoría la participación de los ingenios toledanos (sólo Valdivielso, Martín Chacón, Luis Hurtado y Gaspar de la Fuente, alguno ya algo tocado de gongorismo). Las composiciones, muchas de las cuales se hicieron en latín, tuvieron por temas la asunción y decensión de la Virgen, y la alabanza del cardenal y sus familiares¹⁰.

Estas relaciones de justas configuran, pues, un panorama más nítido y documentado de la poesía toledana. Pero el cuadro todavía puede ampliarse si acudimos a otras fuentes complementarias. En ese sentido, cabe tener en cuenta también los preliminares de algunos libros publicados en la época, donde ocasionalmente se dieron cita diversos poetas del momento para elogiar al autor o al personaje o tema tratados. Resultan, así, de interés a nuestro propósito libros como el *Compendio de la vida y hazañas del Cardenal don fray Francisco Ximénez de Cisneros*, de Eugenio de Robles (Toledo, 1604), que incluye, entre otros, sonetos de Chacón, Angulo y Alonso Palomino; la *Vida de San José* (Toledo, 1604) y el *Romancero espiritual* (Toledo, 1612), de José de Valdivielso, con alguna composición de Medinilla, Chacón, Angulo o Gaitán de Meneses; la *Vida de San Ignacio* (Madrid, 1619), de Miguel de los Díez, que recoge bastantes poemas de la justa de 1612; *La verdadera hermandad de los cinco mártires de la Arabia* (Toledo, 1621), de Damián Rodríguez de Vargas, donde hay versos ocasionales de Mateo Fernández Navarro y de Tomé de Castellanos; aparte alguna obra de Lope o de Baltasar de Medinilla.

Otro camino, en fin, por donde proseguir es el de las academias literarias¹¹. Aunque tampoco aquí es abundante la documentación toledana, sí contamos con algunos testimonios de interés. Sabemos, así, de la existencia a comienzos de siglo de una academia patrocinada por el Conde de Fuensalida, cuyo reglamento aún ha llegado hasta nosotros y de la que también ofrece alguna curiosa referencia Don Diego Duque de Estrada en esa mezcla de fantasía y realidad que son sus *Comentarios del desengaño de sí mismo*¹². Entre sus miembros —aparte «el Pintor», con que sin du-

10 *Descripción / de la Capilla de / N.ª S.ª del Sagrario, que erigió en la Sta. Iglesia de / Toledo el Illmo. Sr. Cardenal D. Bernardo de Sandoval y Rojas, / Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, Chanciller Mayor / de Castilla, Inquisidor General y del Conso. de Estado del Rey D. Fil.ª N. S. / RePⁿ. de la antigüedad de la Sta. Imagen, con las fiestas de su traslacion. / Al Exmo. Sr. D. Francisco Gomez Sando- / val y Rojas, Grande antiguo de Castilla, Duque de Lerma y Cea (...) / Por el Licdo. Pedro de Herrera. En Madrid, en casa de Luis Sánchez, 1617 (ej. B.N.: 2/42682).*

11 Cfr. José Sánchez, *Academias literarias del Siglo de Oro español*, Madrid, Gredos, 1961; Willard F. King, *Prosa novelística y Academias literarias en el siglo XVII*, Madrid, Real Academia Española, 1963.

12 «Hizose una Academia de que era Presidente el Conde de Fuensalida, el señor más rico y principal de Toledo, donde además de los caballeros que en ella escribían, lucían Benavente y (celebrado de letrillas y bailes) Mateo Montero, de excelentes y graciosos conceptos; Joseph de Medina Abasco, sonoro y elegante; Don Juan Baca de Herrera, terso y grave; Barrionuevo, autor de entremeses, en que han lucido después en la corte y tenido opinión de únicos todos, sin otros muchos que excuso aquí (...)» (Diego Duque de Estrada, *Comentarios del desengaño de sí mismo*, Primera parte, ed. H. Ettinghausen, Madrid, Clásicos Castalia, 1982, pp. 93-94).

da se alude al Greco—, se encontraban poetas de renombre, como Valdivielso, Benavente (si es que se trata de Luis Quiñones de Benavente), Martín Chacón, Barrionuevo, Gregorio de Angulo, Agustín de Castellanos, y otros muchos hoy prácticamente desconocidos¹³. De mayor importancia fue quizá el cenáculo que, también por esos años, se formaba en torno al Conde de Mora, sobrino del cardenal Bernardo de Rojas. El de Mora poseía en Toledo una bien nutrida biblioteca y, a juzgar por sus escritos, era hombre de notable erudición. Tuvo a su servicio a Baltasar de Medinilla, y su casa fue lugar de reuniones poéticas a las que acudían los escritores locales y algunos de paso por la ciudad, como el propio Lope de Vega. Una versión literaria de una de aquellas reuniones nos ha dejado Medinilla en su curioso tratado *El Vega de la poesía española*, un diálogo sobre teoría poética en el que intervienen Tamayo de Vargas, Jerónimo de Cevallos, jurisconsulto y regidor de Toledo, Francisco de Céspedes, nieto de Broncense, y Lope de Vega, y al que también asisten el Conde y el propio Medinilla¹⁴.

Partiendo, pues, de todas estas fuentes, testimonios y datos que hemos ido reseñando, y que nos suministran una cierta nómina de poetas y una relativa producción poética, sería ya posible una reconstrucción crítica, siquiera aproximada y provisional, de lo que fue y representó el «grupo de poetas toledanos». Espigando, así, entre los casi dos centenares de nombres que se citan en aquellas fuentes y quedándonos únicamente con los más representativos —los que aparecen en varios certámenes, actúan como mantenedores, son premiados¹⁵, y los que han dejado un mayor número de composiciones—, la poesía barroca toledana vendría configurada por la producción de una serie de poetas que podríamos encuadrar en dos generaciones sucesivas. La primera, la de los más viejos y próximos a Lope, con quien todos guardan estrechos lazos de amistad, estaría integrada, aparte de Valdivielso, por poetas como Martín Chacón, Gaspar de la Fuente, Gregorio de Angulo, Gaspar de Barrionuevo o Agustín de Castellanos. Chacón es un poeta relativamente bien documentado, que está presente en casi todas las justas y academias toledanas. Buen amigos de Lope —apadrinó a su hija Marcela—, éste le rendiría elogios en las justas de 1605, en la *Jerusalén* (1609) y en «El jardín de Lope de Vega» (incluido en *La Fi-*

13 Vid. Gregorio Marañón, «Las Academias toledanas en tiempos del Greco», *PSA*, I (1956), pp. 13-26; José Manuel Blecua, «La academia poética del Conde de Fuensalida», en *Sobre poesía de la Edad de Oro*, Madrid, Gredos, 1970, pp. 203-208, quien publica su reglamento, copiado en el ms. 753 de la Biblioteca Universitaria de Barcelona, fols. 397-99.

14 Ha sido publicado en fecha moderna por Francisco de B. San Román, «Elisio de Medinilla y su personalidad literaria», *Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, III (1920), pp. 129-214.

15 Aunque no conviene olvidar la advertencia de Cervantes: «y si es que son de justa literaria, procure vuestra merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor o la gran calidad de la persona, el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene a ser segundo, y el primero, a esta cuenta, será el tercero» (*Quijote*, II, 18).

lomena, 1621), aunque ya no le cita en el *Laurel*. Por lo que conocemos de su obra¹⁶, es un poeta de metro clásico —canciones, tercetos y sonetos—, que canta temas sacros y panegíricos, siempre en un estilo elegante y armonioso, quizá ya algo gástando, que enlaza con la tradición garcilasiana. Tales cualidades son, en efecto, las que ponderan en él contemporáneos suyos, como Tamayo de Vargas quien resalta su «inafectación»¹⁷, o el propio Lope que en las justas de 1605 proclama: «El otro, Martín Chacón, / de quien se dice, / y es cierto, / que le dexó Garcilaso / su lira en su testamento».

En la misma línea de Chacón y de pareja importancia, estaría el licenciado Gaspar de la Fuente, poeta citado por Lope en el *Laurel de Apolo* y que hallamos presente en todos los certámenes toledanos. A ellos concurre con diversas canciones y sonetos, sobre todo de tema sacro —aunque también hay alguna de asunto pastoril—, de sobrio corte clasicista¹⁸. Más esporádicamente tomaron parte en aquellas justas los otros tres poetas mencionados. De los tres consta que eran miembros de la academia de Fuensalida y, más que por sus propios versos, sabemos de ellos por los que les dirigió Lope de Vega. Gaspar de Barrionuevo, que sólo aparece en las justas de 1605 con un romance («En hora buena vengáis», 77v-81v) y del que además se conocen unas quintillas en los preliminares de *La Arcadia* (1599) y otro romance en un manuscrito de poesías diversas («Ahora que estoy despacio»)¹⁹, fue contador de la Armada y gran amigo de Lope, quien le dedicó diversas composiciones, en especial, una conocida «Epístola» de confesión literaria y desahogo per-

16 Un «Epigrama» a Valdivielso, en su *San José* (1604); un soneto «Al ilustrísimo señor Cardenal y Arzobispo de Toledo don fray Francisco Ximénez de Cisneros, en la fundación de los treze Capellanes Muzarabes de la Santa Yglesia», al frente del *Compendio...* de E. Robles (1604); una canción al nacimiento del Príncipe («Hermosa Margarita», 73v-75v), en el certamen de 1605; la relación en prosa, la introducción en tercetos («Apenas abrió puerta el primer hombre», 8r-11r) y el vejamen («No formen tan presto quejas», 78v-83r) de la justa de 1608; unas décimas al fuego del Espíritu Santo («Amor que a dos comunica», 56r-56v) en la de 1614, y una canción a la Asunción («Llegó el fatal, llegó el último día», 5v-8r) en la de 1616.

17 «(...) la piedad del Maestro Joseph de Valdivieso (...) la curiosidad de Baltasar Elisio de Medinilla, la inafectacion de Martin Chacon (...) y el caudal de toda la nobleza de los ingenio con que se enriquece nuestra nación y amistad, se halla (assi lo confiesan con ingenuidad) en las pocas obras que del Padre de nuestra Poesía debemos al tiempo», en *Garcilasso de la Vega, natural de Toledo, principe de los poetas castellanos*, de Thomas Tamaio de Vargas, Madrid, por Luis Sánchez, 1622, fol. 14.

18 Conocemos de él: una canción a la Reina («Del Tajo un pastorcillo», 33r-34v) y unas glosas («La sabia naturaleza», 54v-55v) para la justa de 1605; un soneto («Dexa el divino alcázar de Topaçion», 48v) y una canción al Sacramento («En dulces hymnos, versos amorosos», 87r-88v), para la de 1608; la introducción («Después que el Sol con sus madejas de oro», 143v-144v) y una canción a San Ignacio («Como en el mar inquieto y proceloso», 147v-149v), para la de 1612; una canción al tránsito de la Santa («En humo se levanta y vaporiza», 18v-20v) y unas décimas («Al yelo más riguroso», 59r-60r), para las de 1614; y una canción a la Asunción («Vertiendo olores nuestra Reyna sube», 23r-25v), para la de 1616.

19 Cfr. B. José Gallardo, *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, I, cols. 1051-52.

sonal en las *Rimas* (1609)²⁰. Gregorio de Angulo, a quien vemos participar en las justas de 1605 con unas glosas («Ya que en Dios no pueda haber», 52r-52v) y en las de 1608 con una canción («Del pan que es Dios, espíritu que sea», 18v-20r)²¹, fue regidor de Toledo y también muy amigo de Lope —fue padrino de su hijo Carlos Félix— quien, aparte diversos elogios en la *Jerusalén*, «El jardín» y el *Laurel de Apolo*, le dedicó una famosa «Epístola», de hacia 1608 según Millé, luego publicada en *La Filomena*²². El poema es una síntesis del credo poético de Lope, sin duda compartido entonces por sus amigos toledanos, y una primera denuncia del culteranismo que estaba gestándose en la poesía española. Por último, Agustín de Castellanos, representado con unas octavas en la justa de 1605 («Felices años, sucesor divino», 39r-39v) y unas glosas («El padre eterno ordenó», 44r-44v) y décimas («Si haze la fiesta el Amor», 74v-75r) en la de 1608 (se le conocen también unas quintillas al frente de la *Segunda parte de las Rimas* y un soneto en *El peregrino en su patria*), es el célebre «poeta sastre» —según lo identificó F. de B. San Román—, cuyo nombre fue tantas veces unido al de Lope en las críticas de sus contemporáneos²³.

A una segunda generación, nacida hacia 1580, pertenecerían poetas como Elisio de Medinilla, Luis Cernúsculo de Guzmán, Alonso Palomino, Luis Hurtado de Écija, el escribano Juan Ruiz de Santa María, el agustino fray Francisco de Avellaneda, Pedro Pantoja de Ayala o el bachiller Mateo Fernández Navarro. Aunque alguno de ellos interviene ya en el certamen de 1605, son sobre todo los poetas que protagonizan las justas toledanas al Sacramento (1608), a San Ignacio (1612) y a Santa Teresa (1614). Poéticamente continúan la anterior tradición del postgarcilasismo y la no afectación, si bien intensifican mucho más los contenidos y temas religiosos. Luis Hurtado, en efecto, escribe aún una égloga pastoril²⁴, y Luis Cernúsculo un poema

20 Sobre la amistad entre Lope y Barrionuevo, véase J. de Entrambasaguas, ob. cit., pp. 92-93, n. 187, quien aún amplía su producción con unos versos en el *Elogio del Juramento de Serenísimo Príncipe D. Felipe-Domingo, IV deste nombre*, de Vélez de Guevara (Madrid, 1608), y un «Entremés famoso del triunfo de los coches», en la *Octava parte de las Comedias de Lope* (1617) (no participó, en cambio, en las justas de 1608, frente a lo que allí se dice).

21 Se le conocen también: un soneto al retrato del Cardenal Cisneros («Excelente el buril, el bronce duro / y docta voz que tus prohezas canta, / la voluntad divina que levanta / esta efigie a la luz del aire puro...»), en el *Compendio* cit.; otro en el *San José* de Valdivielso, y otro al frente de *Las seiscientas apoteogmas* de Juan Rufo (1596). También lo menciona Cervantes en el *Viaje del Parnaso*.

22 Juan Millé y Giménez, «La epístola de Lope de Vega al doctor Gregorio de Angulo», *BHi*, XX-XVII (1935), pp. 159-188.

23 F. de B. Román, *Lope de Vega, los cómicos toledanos y el poeta sastre*, Madrid, 1935.

24 En el ms. 4100 de la Biblioteca Nacional, más arriba citado. Para la justa de 1608 escribió unas décimas a San Nicolás («Oy el cartel ha mandado», 76r-77r); para las de 1612, un soneto a la fundación de la Compañía («Huye del mundo el militar estruendo», 170v) y un romance («Jesús, salvador del mundo», 207v-209v); para las de 1614, un soneto a la sabiduría de Santa Teresa («De amantes seraphines en las manos», 25v) y unas décimas al E. Santo («Cera al fuego que la abrasa», 57v-58v); para las de 1616, una canción a la Asunción («No a la ofensa primera», 8r-10r) y un soneto fúnebre al monumento de los antepasados del Cardenal («Este hermoso del arte atrevimiento», 99r).

panegírico a Toledo en tercetos²⁵. Pero es la poesía sacra lo que mejor conocemos de todos ellos: Palomino escribe hasta siete composiciones para la justa de Santa Teresa²⁶, Avellaneda cinco²⁷, Pantoja tres²⁸; Fernández Navarro publica todo un cancionero sacro, la citada *Floresta espiritual*, y de tema religioso es casi toda la producción poética de Medinilla.

Baltasar Elisio de Medinilla es, sin duda, el poeta más importante del grupo. También el que posee una obra más extensa y mejor documentada, aunque, incomprendiblemente, todavía en su mayor parte inédita²⁹. Fuera de un muy estimable

25 También en el citado ms. 4100. Se le conocen asimismo: una glosa a la Reina («Quando quiere Dios hazer», 57v-58v), en las justas de 1605; una canción («Quando la execución de su prothesa», 21v-23r), glosas («Por las fiestas principales», 36r-36v) y soneto («Rompe los orbes del ethéreo manto», 46v-47r), en las de 1608; la entrada de la fiesta («Ya passa el vistoso alarde», 144r-146r), un soneto («Águila sacra que gloriso nido», 170r) y unas glosas en alabanza de San Ignacio («Si al que en el mundo engañoso», 175r-175v), en las de 1612; un soneto («Saber en Dios, perfecta y suma çiençia», 30v) y unas glosas («Servir a Dios es reinar», 37r-37v), en las de 1614. Una breve noticia dio de él Rafael Ramírez de Arellano, «Cernúsculo», *Boletín de la Real Academia de Bellas Letras y Ciencias Históricas de Toledo*, II (1919), pp. 241-242. Vid. también J. de Entrambasaguas, ob. cit., p. 91, n. 181.

26 Dos canciones («Llegada al tiempo de salir del Tiempo», 15r-16v, y «La enamorada palomilla hermosa», 54r-55v), dos sonetos («Creció la Fee que a la ignoraçia alumbra», 28r, y «Supo vencer Teresa fuertemente», 28v), unas décimas al E. Santo («Quando el Paracleto sancto», 60v-61v) y dos romances a Toledo («Entre pensiles y tempes», 73r-74v, y «Hermosas Ninphas del Tajo», 90v-91v). Otras composiciones: un soneto al autor en el *Compendio* de E. Robles («Entre mirtos y lauros victoriosos»); un soneto a la Reina («El flamenco, el inglés, el turco, el scita», 50v), en las justas de 1605; una canción («Soberana deidad, magestad suma», 20r-21v) y dos sonetos («Rompiéndole a los cielos sus cristales», 46r, y «Del orbe impíreo, al raptó móvil passa», 46v), en las de 1608; y una canción a San Ignacio («Oy en el templo, ante el altar sagrado», 149v-151r), en las de 1612.

27 Dos sonetos («Después que Salomón a Dios ofreçe», 29r, y «Pues es la çiençia un superior tesoro», 35v), una glosa («Quien humilde y pobre alcança», 45r), unas décimas («El amante a quien le toca», 65r-66r) y un romance («Gracias a Dios que he llegado», 83r-84v). Le conocemos también: unas décimas («Apóstoles que del cielo», 188v-189v) y un romance («Ignacio santo y valiente», 192r-196r), en el certamen de 1612; y una glosa a la Asunción («Dio vida a las aguas frias», 60r-60v), en el de 1616.

28 Una canción («No triste alegre si, suene instrumento», 12r-13v) y dos sonetos («Transgresor de la ley se precipita», 27r, y «Encendido carbón discurrir sabios», 27v). Son también suyas una canción al Sacramento («Miro temblando los impíreos muros», 29v-31r), en 1608, y otra a San Ignacio («Sobervios montes, elevadas cumbres», 151r-152v), en 1612.

29 Fundamentalmente se halla en dos manuscritos del s. XVII de la Biblioteca Nacional de Madrid, el ms. 3954 y el ms. 4266. El primero, *Algunas obras divinas / de / Baltasar Elisio de Medinilla, / ciudadano de Toledo*, consta de 254 fols. y contiene: «Obras divinas de Baltasar Elisio de Medinilla», 1-95v; «Los quatro libros de la vida de sancta María Magadalena, que compuso el maestro Joan Pérez, poeta ingeniosissimo, en verso heroico latino traduzido en octava rima en verso español», 98r-183r; y «Descripción de Buenavista, por Baltasar Elisio de Medinilla...», 186r-254r. El segundo, de 114 fols., contiene: «Descripción de Buena Vista por Baltasar Elisio de Medinilla, al Illustrissimo y Reverendissimo Sr. el Cardenal de Toledo, su señor», 1-26v (con la exposición del Conde de Mora, 30r-65r); «Questión, si amor creçe o mengua con l'ausencia», 68r-78v; «Carta a un padre dominico respondiéndole a ciertas libertades que dicen-dijo en el pulpito de su libro de la Concepción», 79r-83v; «Al Illustrissimo y Revrendissimo Sr. el Arzobispo de Sevilla», 84r-84v; «A Lope de Vega Carpio en la muerte de Carlos Félix, su hijo. Consolación», 84v-88v; «A don Antonio de Luna, Sr. de Carrascal y Castroximeno», 88v-93v; y «El Vega de la Poética Española», 94r-114r (los tres últimos más la carta al dominico fueron publicados por F. de B. San Román, art. cit., pp. 171-214).

trabajo que en 1920 le dedicó Francisco de B. San Román³⁰, tampoco ha atraído apenas la atención de los historiadores de la literatura, a pesar de que, tanto en la vida del poeta como en su obra, concurren circunstancias y valores que debieran haber despertado un mayor interés. Medinilla, que había nacido en 1585 de familia hidalga toledana, pasó toda su vida prácticamente dedicado a las letras y al estudio, refugiándose, tras fracasar su intento de establecerse en la corte al servicio del Conde de Lemos, en la casa y biblioteca del Conde de Mora, en Toledo. Con Lope de Vega mantuvo una larga y sincera amistad, y una casi filial relación de maestro a discípulo (a pesar de que el malicioso Torres Rámila afirme en la *Spongia* que Lope acudía siempre a él como fuente de erudición). Lope, que, con el fin de que se conociera mejor la poesía de su discípulo, llegó a publicarle una epístola en *La Filomena* («Después que con más alma, Lope amigo»)³¹, le dirigió numerosos escritos y, sobre todo, incluida también en ese mismo libro, una muy sentida elegía a su muerte («Si lágrimas de amor pudieran tanto»). Muerte violenta y desdichada, que le sobrevino aún en plena juventud y que durante mucho tiempo quedó envuelta en el misterio³².

Lo más conocido de su obra son, seguramente por estar editados, dos poemas de asunto profano: la citada *Epístola* a Lope de Vega, de exaltación de la vida del campo y de su plácido retiro toledano; y la *Descripción de Buenavista*, magnífico poema descriptivo en el que pinta el espléndido y artificioso cigarral que se había hecho construir el cardenal Bernardo de Sandoval y Rojas³³. Sin embargo, Medinilla es ante todo un poeta de temas religiosos, que son los que inspiran su extenso poema de la *Limpia Concepción* (1618)³⁴ y sus inéditas *Obras divinas* constituidas por casi un centenar de composiciones sacras. Aproximadamente la mitad de ellas están

30 «Elisio de Medinilla y su personalidad literaria», art. cit.

31 Lope añade la siguiente anotación: «Puse esta epístola de Elisio antes de la elegía a su muerte, para que quien no hubiere visto su libro de la *Concepción* conozca su ingenio y sus virtudes, y se lastime de que en tan tiernos años, tan desgraciadamente y con tanta inocencia, le quitasen la vida».

32 En el siglo pasado se difundió la leyenda de que su matador había sido Agustín Moreto, aunque pronto se cayó en la cuenta de que éste había nacido en 1618 y la muerte de Medinilla había sucedido en 1620. Como por fin se supo a partir de 1920, los hechos ocurrieron de modo distinto y de forma un tanto absurda y desgraciada. Por la correspondencia entre dos monjas carmelitas, se conoció que el homicida había sido don Jerónimo de Andrada y Rivadeneyra, un rico hidalgo toledano, de vida ociosa y depravada, cuya familia era muy amiga de la de Medinilla. Al parecer, en el curso de una violenta disputa familiar entre don Jerónimo y su hermana, que era la heredera del mayorazgo, nuestro poeta, cuando quiso proteger a ésta de las iras del hermano, fue atravesado por la espada de don Jerónimo (Vid. Fr. Gerardo de San Juan de la Cruz, «Nueva luz sobre la familia del insigne poeta toledano Baltasar Elisio de Medinilla y particular sobre su muerte y matador», *Boletín de la Real Academia... de Toledo*, II, 1920, pp. 1-23; F. de B. San Román, art. cit., pp. 164-68, y «Sobre la muerte de Medinilla», *Boletín...*, IV, 1923, pp. 114-16). En la época, Tamayo de Vargas sólo había llegado a insinuar que murió «a manos de quien menos debiera», y Lope que fue «muerto por una espada rigurosa / que pienso que animó licor dionisio».

33 Lo publicó Antonio Martín Gamero, *Los cigarrales de Toledo. Recreación literaria sobre su historia, riqueza y población*, Toledo, 1857, pp. 172-187.

34 *Limpia Con- / cepcion de la / Virgen Señora / Nuestra / Por Baltasar Elisio de Medinilla*. Madrid, Viudad de Alonso Martín, 1618.

escritas en metros italianos —canciones petrarquistas y sonetos—, y allí encontramos quizá lo más profundo y logrado de su poesía, como en las canciones a la muerte de Cristo («Pendiente de una cruz inominosa», fols. 7r-9v), a la muerte de amor de Santa Teresa («En éxtasis de amor, de amor herida», 83v-85r), al Sacramento («Amor, que al fuego suyo blandamente», 86r-87v)³⁵, o la inacabada y de un patetismo muy barroco «Al tirar a Christo N. S. el brazo con los cordeles porque llegase al agujero del clavo después de clavado el otro»:

Puesto el siniestro brazo en un madero,
con un clavo de esquinas guarnecido,
la mano en la señal que ya l'espera,
sonando en todo el monte el eco fiero,
rompe el martillo al golpe enternecido,
que a hierro tal el hierro menos fiera
la condición tuviera (...)

(95r-95v).

La otra mitad están escritas en versos tradicionales —romances, villancicos, letras—, y son poemas ligeros y de gran musicalidad, con algunas reelaboraciones a lo divino. Muchas veces son versos poco trascendentes y ocasionales: a un velo en el día de la Visitación («Hoy, Isabel, a vesita», 21r-21v), a un misacantano («Gran parte del cielo os toca», 24r-24v), a una señora con mal de corazón («Para el mal de corazón», 25v-26r). Pero otras se trata de una poesía más vivencial y de intimismo fervoroso, con frecuentes apóstrofes al alma o al corazón incitándoles a la piedad y amor divinos:

¿Adónde vais corazón,
de vanas promesas preso,
Pues dejáis por quien os mata
al que está por vos muriendo? (...)

(63r-63v).

Sin la gracia no llegas,
alma, a la mesa,
que el pecado vuelve
la gloria en pena (...)

(67v-68r).

Con todo, lo que resulta de mayor interés es que, detrás de esta dedicación de *Medinilla* a la poesía sacra, hay un reflexivo planteamiento estético, un meditado

35 Para la justa de 1608 compuso otra canción al Sacramento («Divino pan de flores, que del cielo»), además de un soneto a Toledo («Coronada del sol, de luz vestida»), otro a la poesía («El cielo canta en número y medida»), y la introducción y entrada de la justa. Sus intervenciones en la justa de 1614 han sido publicadas por A. Rodríguez-Moñino, art. cit.

credo poético, que nuestro poeta formula explícitamente en diversas ocasiones. Tal hace en el poema en loor de la poesía («Anima, oh tú, mi ingenio perezoso») que abre sus *Obras divinas* y que luego es ampliamente comentado en *El Vega*; en el prólogo en prosa de esas mismas *Obras*, dirigido a Lope; o en el soneto «De la Poesía» que compuso para la justa de 1608 («El cielo canta el número y medida»).

De esos escritos se desprende que Medinilla concibe la poesía en términos esencialmente neoplatónicos y pitagóricos. La poesía ha nacido con la común naturaleza y todo en ésta —las aves, los vientos, las aguas, las flores—, émula del cielo, es un canto permanente a su creador:

Nació con la común Naturaleza,
émula al cielo la sutil poesía,
que lo que él forma imita su destreza,
pues el mundo compone en armonía
pero, medida y número ordenado
la fértil voz del verbo que le cria.

El superior a Dios canta el sagrado
oficio de sus manos, y las aves
aprenden de él su acento no estudiado.

Las aguas y los céfiros suaves
murmuran su alabanza, hasta a las flores
Pitágoras concede así himnos graves (...)

(«En loor de la poesía», vv. 10-21).

El hombre, a ejemplo de la naturaleza, no puede sino emplear el don divino que es la poesía en cantar igualmente a su hacedor:

El cielo canta en número y medida
la gala a su criador, el mundo hermoso
es un poema heroico y generoso,
que siempre alaba a quien le dio la vida (...)

Y todo, en fin, ejemplo al hombre ofrece
que vuelva a Dios la voz que de él recibe,
que es cantar en el mundo en tierra ajena.

(«De la poesía. Soneto»).

A esa empresa sublime convoca Medinilla a los poetas toledanos:

Que ya Toledo el pecho te apercibe
para volver a Dios en ti piadoso
las gracias de los bienes por que vive.

Oh vos, cerco de ingenios milagroso,
escrebid, escrebid versos divinos,
que Dios es el sujeto más glorioso (...)

(«En loor de la poesía», vv. 115-20).

Aunque Toledo, reconoce inmediatamente nuestro poeta, es la nación más afecta a

esta poesía divina («Mas ¿para qué despierto vuestro zelo, / si en admirables obras dilatado / llenando va de rosas todo el suelo?») y, como afirma en el citado prólogo en prosa, precisamente la que determinó su propia musa poética:

«La devoción de esta ciudad me despertó del sueño de los versos hmanos al ejercido de los divinos, y el abuso de honrarse de obras ajenas, a imprimillos (...)».

Estilísticamente Medinilla, como discípulo de Lope, proclama el ideal poético de la naturalidad y la llaneza, aunque no lo común ni lo vulgar en la expresión sagrada. Defiende un justo medio, un equilibrio proporcionado entre los conceptos y la expresión: no un discurso con sutileza de sentencias y sequedad en la oración, ni tampoco un hablar confuso y con elegancia pero sin sustanciosas sentencias:

«porque a sagradas alabanças juzgo indigno, por humilde, el estilo común de los refranes y juego de vocablos, vicio que ha pretendido las vigiliass de muchos. Porque, como sean modos y lenguaje provincial, apenas son conocidos en reinos estraños donde, quando llegue la lengua, no alcançan los adagios (...) Todo mi estudio libré después de los conceptos en bien esprimillos, porque el ánimo no se deleita con la sutileça de las sentencias si la sequedad de la oración le desonara, como también mueve poco el torrente de las palabras vanas donde faltan las sentencias. No mal lo dice Cicerón: hablar confusamente y con elegancia, sin sustanciosas sentencias, es locura; sentenciosamente, sin orden de palabras, infancia.»

(«Prólogo a Lope de Vega Carpio, Príncipe en la Poesía»).

Ese ideal, como puede advertirse, está siempre alcanzado en sus versos. Pero también es cierto que a lo largo de su producción hay un apreciable proceso de dificultad y enrevesamiento doctos. Si en poemas como la *Canción a Santa Teresa* o la *Descripción de Buenavista* puede observarse una mayor complejidad en el plano de la expresión en virtud del uso del hipérbaton, del cultismo y de alguna fórmula casi gongorina:

En éxtasis de amor, de amor herida,
rosas pidiendo por remedio y flores,
dulcemente mortal Teresa yace
y, anhelando a la unión de sus amores,
exhala al fuego de su Autor la vida.
En holocausto que del alma hace,
al amor no, a la muerte satisface
el tributo forçoso,
porque es tan poderoso
que a morir fuerça al que muriendo nace,
que donde tanto incendio se introduce,
la vida, inferior fuego,
respeto a su esplendor luego, y no luce.

(vv. 1-13),

será, sin embargo, en la sentencia y el concepto donde llegará Medinilla, en otros poemas, a la máxima complicación docta. A fuer de buscar sustanciosas sentencias y una poesía culta y selecta, apartada de lo vulgar, desembocará en el poema teológico y escolástico, como resulta el de la *Limpia Concepción*, plagado de alusiones de teología bíblica y de lugares de los Padres de la Iglesia (hasta nosotros ha llegado un pequeño manuscrito con la lista de todos esos lugares, que parece preparó el propio Medinilla para la composición del poema)³⁶. Esta obra es ya, efectivamente, un cerrado poema sacro, docto y teológico —cabalmente explicado en su diseño y complejidad por el Conde de Mora en el prólogo—³⁷, que viene a culminar los planteamientos estéticos del poeta, pero que también acaba desbordando aquel ideal de la «poesía nueva» que impulsaba Lope de Vega y que compartía y aplicaba Medinilla en la poesía sacra. Por eso, no es extraño que Lope, que había sido quien más le había animado en la composición del poema y quien más ansioso lo había esperado durante los siete años que le llevó su redacción, se muestre un tanto frío y reticente cuando tiene que prologarlo:

«Dos años he persuadido al autor deste libro que le diesse a luz: así falta la confianza a los méritos y sobra la determinación a la ignorancia (...) Este libro cumple con su obligación, deleita y enseña, segura corre la más parte dél, porque es para quien sabe. Tiene más sentencias que palabras, y no hay poeta latino ni griego que no esté en él por imitación (...)»³⁸,

y hasta llegue a confesar en la intimidad al Duque de Sesa, en una carta de hacia 1618:

«No he acabado de leer a Medinilla, por cansado e impertinente escolástico. Respóndale vuestra excelencia o mire si quiere que yo lo haga»³⁹.

MIGUEL ÁNGEL PÉREZ PRIEGO

36 Ms. de la Real Academia de la Historia, Colección Salazar, 12-5-2/L-11.

37 «Trata en la acción divina y tanto que es el principio de la redención humana, pues en la Concepción purísima de la Virgen nuestra Señora se empezó a edificar el palacio en que Dios tenía de aposentarse (...) Ha huido en este libro los vicios que le pudieran reprehender en argumento heroico. En el presente se proponen las virtudes, el Ángel, el mismo Dios y, quando decidiendo, es a la Naturaleza, al Tiempo, personas decentes a la materia, invocando ya a la Virgen N. S., ya al Espíritu Santo, escusando tanto los fabulosos nombres de los dioses que aun en lo lícito se abstiene dellos (...) Usa voces generosas y heroicas, conforme al sujeto, floreciendo la oración con palabras propias, a quien da honor la antigüedad, tal vez con traslaticias, que la hazen más admirable y santa, por no ser comunes a Todos; raramente con peregrinas, que como los hombres son afectos a los huéspedes (que la novedad les induze cuidado, si no admiración) así estiman la oración algo separada y estrangera. No se adorna de las antiguas y escusadas, aunque pudiera, pues son propias, mas poco dichosas, que el verso heroico es el más capaz, recibiendo qualesquiera lenguas y traslaciones. Fruto es este de siete años de estudio (...)» («Don Francisco de Rojas y Guzmán, Conde de Mora, a los deseosos de buena poesía»).

38 «Prólogo de Lope de Vega Carpio, al Conde de Mora».

39 Lope de Vega, *Cartas completas*, ed. Ángel Rosenblat, Buenos Aires, Emecé, 1948, II, núm. 389, p. 44.